

El rompecabezas de Wittgenstein: lecturas sociológicas de sus comentarios a La Rama Dorada de Frazer

Andrés Oliva

Estudiante UNLP

aoliva_23@yahoo.com.ar

La influencia de Wittgenstein en sociología tiene su origen en la obra de dos filósofos wittgensteinianos: Peter Winch (*The Idea of a Social Science; Ciencia social y filosofía*) y Georg Henrik von Wright (*Explanation and Understanding*). La mediación de estos dos filósofos, fundamental para la recepción de Wittgenstein entre los sociólogos, tuvo desde un comienzo el objeto de marcar los límites del positivismo en el interior de las ciencias sociales. En esta contribución me propongo hablar de un punto de este proyecto que ha tenido una influencia considerable en este sentido: la diferencia de naturaleza entre describir empíricamente una práctica y practicarla efectivamente, es decir, la incompatibilidad entre el análisis conceptual y el análisis empírico de una práctica social. La formulación de esta incompatibilidad puede encontrarse en las observaciones que Wittgenstein hace a propósito de *La rama dorada*, de Frazer, en lo que Albert Ogien (2007: 55) llama “el rompecabezas de Wittgenstein”, en la enigmática frase “Si las pulgas elaboraran un rito, éste se referiría al perro”. La interpretación de este aforismo plantea una dificultad esencial a las ciencias sociales que intentan un enfoque puramente empírico de los fenómenos sociales. Este enfoque necesitaría, en principio, establecer una relación causal entre la descripción empírica y la comprensión, un “falso problema”, según Wittgenstein: en la medida en que es esencialmente distinto *describir* empíricamente una práctica propia de una forma de vida (como hace el antropólogo) y *comprender* la misma práctica desde dentro de esa forma de vida, la tarea de las ciencias sociales no puede constituirse como una ciencia que proporcione una *comprensión* de las sociedades estudiadas a partir de una *descripción* empírica de las mismas. El problema se presenta tanto en las ciencias naturales como en las sociales: la diferencia radica en que, mientras que en la primera puede dejarse de lado sin demasiados problemas (por ejemplo, admitiendo la física no puede alcanzar una “comprensión verdadera” respecto a los fenómenos que estudia, sino tan sólo una descripción adecuada o un modelo matemático exitoso), en las ciencias sociales, que si intentan alcanzar un cierto tipo de comprensión de las sociedades que estudian a partir de datos empíricos, la incompatibilidad se plantea como un problema consustitutivo.

Si hacemos caso a esta crítica, las ciencias sociales caen irremediabilmente en una contradicción cuando proceden a partir del análisis de datos puramente empíricos: esto es lo que Winch señala en *Ciencia social y filosofía*. No podemos llegar a una verdadera comprensión de una práctica social dada si intentamos relacionarla con razones exteriores a la práctica misma. Un ejemplo propuesto por Winch es el análisis de una participación determinada en un proceso electoral: supongamos, por caso, que un sujeto (S) vota al peronismo, y un científico social (O) que está observando su comportamiento propone una descripción del fenómeno como esta: “S votó al peronismo porque cree que garantizará los derechos de los trabajadores”. La explicación del fenómeno a partir de una razón determinada es lo que llamaríamos un análisis empírico del mismo. Ahora bien, dice Winch, una exigencia natural que debemos hacer a este tipo de explicación es que efectivamente la razón de S para votar al peronismo sea la que adujo O, y no otra. En otras palabras: S tiene que creer, efectivamente, que el peronismo garantizará los derechos de los trabajadores, y además esa debe ser la razón, de nuevo efectiva, que determina que S vote al peronismo. Si esa exigencia no se cumple (tal vez S vota al peronismo porque es tradición en su familia, porque conoce personalmente al candidato, o sin ninguna razón determinada) no podríamos decir que O ha *comprendido* realmente a S. La razón debe ser compartida por S y por O: no tendría sentido decir que la explicación de O es correcta si S no comprende en qué consiste defender los derechos de los trabajadores. Otro buen ejemplo para entender esta dificultad es provisto por la práctica de los psicólogos:

los freudianos, cuando buscan explicaciones de este tipo [i.e., razones que expliquen el comportamiento de su paciente] en el curso de la psicoterapia, tratan de que el paciente mismo reconozca la validez de la explicación propuesta; en realidad, para ellos es casi una condición necesaria para que se la pueda aceptar como la explicación «correcta».

(Winch, 1990: 48)

Una observación de Sual Kripke, respecto a la interpretación de un párrafo de las *Investigaciones Filosóficas*, puede ayudarnos a entender mejor esta incompatibilidad entre el análisis conceptual y el análisis empírico. Se trata del párrafo §350, en el que Wittgenstein señala que la dificultad de sentir el dolor de otra persona es análoga a la dificultad que presenta responder a la pregunta: ¿cuándo son las 5 en punto en el Sol? Este tipo de dificultad no puede resolverse empíricamente. Por ejemplo, yo podría preguntar, ¿cuándo son las 5 en punto en Tokio? Una respuesta adecuada sería: cuando son las 17 en punto en Buenos Aires. La diferencia horaria entre Japón y Argentina provee un dato empírico a partir del cual podemos realizar una conversión – *extender el concepto* – y responder a la pregunta con un

sentido determinado. El problema de determinar cuándo son las 5 en punto en el Sol radica en que extender el concepto es una operación totalmente diferente: el Sol es uno de los criterios que utilizamos para determinar cuándo son las 5 en punto. Por lo tanto, una respuesta natural parece ser: son las 5 en punto en el Sol en el mismo momento en que son las 5 en punto en Buenos Aires. Pero esta respuesta no es del mismo tipo que la que produjimos antes, y resulta dudosa. Un interrogador insistente siempre podría decir: “Esa no es la respuesta que estaba buscando: lo que yo quería saber es cuando son las 5 en punto *allí*, no *aquí*.”

El ejemplo de las «5 en punto en el Sol» parece obviamente diseñado como un caso donde, sin que intervenga ningún arcano escepticismo filosófico acerca de seguir reglas, hay realmente una dificultad en extender el viejo concepto – faltan ciertas presuposiciones de nuestra aplicación de este concepto. [...] Sin duda, puede que una persona irreflexiva suponga, sin pensar, que «las 5 en punto» tendría sentido en el Sol, pero – según parece decir §350 – al reflexionar sobre las presuposiciones que deben satisfacerse para que se aplique nuestro sistema horario, pronto se convencerá de que cualquier extensión al Sol resulta dudosa. (Kripke, 2006: 129)

El hecho de que extender un concepto a una aplicación determinada sea imposible o cuanto menos dudoso expresa una dificultad que no puede resolverse empíricamente. Pensemos, por ejemplo, que podríamos pergeñar un sistema horario distinto para el Sol tomando como referencia el movimiento de otro cuerpo celeste lo suficientemente regular. Supongamos, además, que tenemos una fórmula adecuada de conversión de esta “hora solar” a la “hora terrestre” común y corriente, de manera que los hacemos coincidir perfectamente. Incluso en este caso, planteada la pregunta «¿cuándo son las 5 en punto en el Sol?» tendría sentido preguntar: «¿se refiere usted a las 5 en punto *según la hora solar o la terrestre?*»¹. Esto indica que la dificultad de extender el concepto se mantiene. El problema no es empírico, ya que de otra manera habría sido resuelto por la creación de un nuevo sistema horario; el problema es conceptual.

El desafío que se presenta entonces a las ciencias sociales radica en esta incompatibilidad entre el análisis empírico y el análisis conceptual. La incompatibilidad desnuda el hecho de que los fenómenos sociales no son “simplemente” más complejos que los fenómenos físicos, sino que existe una diferencia de clase introducida precisamente porque la *comprensión*

1 Es interesante notar que, incluso en el caso en el que olvidáramos socialmente la “hora terrestre” y adoptáramos el sistema horario solar, la diferencia no habría sido resuelta, sino justamente *olvidada*. Esto puede echar luz sobre la idea de Wittgenstein de que las formas de vida, con sus juegos de lenguaje asociados – como la convención “hora terrestre” u “hora solar” – nacen de la historia natural de los grupos sociales. La historia natural de una sociedad puede tener varios de estos juegos de lenguaje arcaicos, que no son *refutados* sino *reemplazados* por nuevos juegos de lenguaje – así como *olvidaríamos* la “hora terrestre” si adoptáramos el sistema horario solar.

característica de los sujetos que conforman el objeto de estudio de las ciencias sociales juega un rol importante en la constitución de aquellos fenómenos, un rol que queda invisibilizado si restringimos el análisis a los datos empíricos que podamos recabar de cualquier observación. El problema, entre muchos intérpretes de Wittgenstein, ha sido formulado con particular claridad por Jacques Bouveresse como la dificultad del sociólogo de “tratar las realidades sociales como a cosas y al mismo tiempo tratar de practicarlas, ser a la vez observador y actor” (citado en Ogien, 2007: 58).

Frente a esta situación, algunos sociólogos han intentado resolver el problema de Wittgenstein, concibiendo distintas formas de basar la disciplina sociológica evitando estas dificultades. Albert Ogien (2007: 60) registra tres posibles respuestas al problema.

La primera propuesta es la noción de *habitus* en Bourdieu. Esta solución toma nota de la incompatibilidad entre comprensión y descripción empírica, y la convierte en horizonte del análisis. Admite que la comprensión no puede ser alcanzada por la sociología, pero postula que sus efectos individuales quedan abolidos cuando consideramos el comportamiento de grupos sociales más grandes. Así, la noción de *habitus* incorpora los efectos sociales de la comprensión y permite un abordaje empírico.

La segunda propuesta de solución intenta demostrar que lo conceptual *es* lo empírico. Se trata de la concepción constructivista de David Bloor, expuesta en dos obras: *Wittgenstein. A Social Theory of Knowledge*, y *Wittgenstein. Rules and Institutions*. El constructivismo propone que los sujetos construyen su realidad a partir de marcos teóricos determinados: no se trata de una recepción pasiva de categorías y conceptos, sino de una construcción activa de los mismos. La propuesta de solución consiste en decir que, si bien la descripción empírica no puede ayudarnos a comprender una práctica social, la comprensión de esa práctica social tiene asimismo un registro empírico que puede ser abordado a partir del análisis de los juegos de lenguaje determinados de una sociedad dada. Bloor intenta convertir las dificultades conceptuales que plantea la comprensión en particularidades de juegos de lenguaje específicos, diseñados para dar sentido y orden a un determinado grupo social. En otras palabras: Bloor sustancializa los juegos de lenguaje, convirtiéndolos en el resultado de maneras de ordenar el mundo distintas entre sí, convencionales, que pueden ser objeto de un estudio empírico, y que representan la conjunción de formas individuales de razonamiento e imposiciones sociales. La comprensión individual, según este enfoque, es constitutivamente social: está enmarcada en juegos de lenguaje y formas de vida específicos, que dan su contenido sustantivo a las formas de comprender el mundo. La interpretación de Wittgenstein que ensaya Bloor no intenta ajustarse a la idea del austríaco, sino *superarlo*: la idea es que

retomar a Wittgenstein en sociología implica superar sus puntos de vista demasiado generales y superarlos en una disciplina científica rigurosa. Es en este sentido en que debe leerse su sustancialización de los juegos de lenguaje.

La tercera opción se propone aceptar la incompatibilidad del análisis conceptual y el empírico, pero intenta analizar de manera empírica la forma en que lo conceptual está indisolublemente ligado con lo práctico. Es la solución que representa la etnometodología. La etnometodología, surgida a comienzos de los cincuenta en polémica con la sociología tradicional, consiste el estudio de los métodos y conceptos individuales con los cuales los seres humanos se relacionan entre sí, dan sentido a sus prácticas y adecúan sus normas individuales según sus vivencias personales. Según los etnometodólogos, los individuos comprenden y actúan de manera conjunta basándose en ciertas categorías o “estructuras formales”, que pueden ser descritas empíricamente en cada caso, pero que difícilmente constituyan estructuras duraderas en el tiempo o principios lógicos susceptibles de una “teoría”. Se trata de poner el acento en el *sentido práctico* de los individuos, antes bien que en supuestas “leyes” o normas culturales que impondrían a los sujetos una forma de actuar determinada. No debe confundirse este enfoque con el constructivismo de Bloor: la etnometodología no pone el énfasis en la existencia de reglas o normas socialmente construidas, que dan forma a la realidad, sino que se centra en la interacción y reajuste permanente que los individuos mantienen con esas estructuras formales y a partir de las cuales apprehenden “lo que pasa” en una situación social determinada. El enfoque etnometodológico, entonces, comparte con Wittgenstein un impulso antiteoricista y antifundacionalista, una polémica en contra de las teorías *a priori* y abstractas de la sociología tradicional, y basa su análisis en las “estructuras formales de las actividades prácticas”, que se presentan como modelos a partir de los cuales los individuos cincelan sus normas individuales. Debemos destacar que el enfoque etnometodológico no es homogéneo: existen tres corrientes distintas que se diferencian en la naturaleza y el papel que otorgan a esas estructuras formales en la regulación de la acción común.

La etnometodología es, de las tres soluciones que identifica Ogien, la que más se acerca al espíritu wittgensteiniano y la que más reminiscencias suscita con la posición del austríaco. Sin embargo, las referencias a Wittgenstein por parte de los autores fundacionales de esta corriente (Lynch, Garfinkel, Sacks, entre otros) son raras y no denotan un estudio directo de su obra. En cambio, la opción constructivista de David Bloor se basa directamente en la interpretación de Wittgenstein: su propuesta es, precisamente, *superar* a Wittgenstein y en ese gesto, *superar* a la filosofía por medio de la sociología. Por lo tanto, para concluir esta

contribución nos gustaría señalar algunos aspectos de la interpretación de Bloor que, a nuestro juicio, son problemáticos.

Bloor construye su enfoque sociológico basándose en dos “tesis” principales que extrae de su interpretación de Wittgenstein: su noción de finitismo semántico, surgido del slogan “El significado es el uso”; y la máxima “La regla es una institución”, que según Ogien “desarrolla en una concepción performativa de la institución en la cual las obligaciones que ordenan la acción individual y colectiva son construidas, de manera deliberada y circunstancial, por los propios agentes” (Ogien, 2007: 67). En resumidas cuentas, lo que intenta Bloor es desarrollar, a partir de Wittgenstein, una teoría social del conocimiento: un análisis de la realidad social de la empresa científica que encuentra su piedra basal en la construcción social de los fenómenos estudiados por la ciencia. En este sentido, Bloor acomete el examen del lenguaje como una empresa empírica. En el curso de ese examen, que enfatiza el origen convencional de las construcciones lingüísticas (el significado es el uso: aquí juega el finitismo semántico), Bloor se inclina a sustancializar los juegos de lenguaje, que concibe como “las depositarias de una gama particular de intereses sociales [cuya] función es importar esos intereses a la acción” (Ogien, 2007:69), y acude a la propuesta de Saul Kripke en *Wittgenstein on Rules and Private Language* como un medio de *sociologizar* los juicios de corrección basados en la observación de reglas. Kripke habría puesto el acento, según Bloor, en el carácter eminentemente social de los juicios de corrección, lo cual dejaba en claro que la normatividad lingüística está basada en reglas – explícitamente formuladas y pergeñadas para tal fin – que surgen de algún tipo de acuerdo de la comunidad de usuarios de un lenguaje dado (la segunda tesis interpretada: una regla es una institución, en el sentido de *instituída*). Cumplir con la regla se convierte en un asunto de acatar un consenso.

Hasta aquí el resumen de la posición de Bloor. Lo que nos gustaría destacar respecto a este tipo de planteo es lo siguiente: dejando a un lado el hecho de que Bloor toma varias decisiones que contrarían directamente las recomendaciones de Wittgenstein, como la de sustancializar los juegos de lenguaje, nos resulta iluminador que una interpretación de ese tipo encuentre un aliado al parecer tan natural en la (mal)interpretación de la propuesta de Kripke. Bloor parece creer que el objetivo de Kripke es *sociologizar* las reglas lingüísticas y argumentar en contra de una normatividad individual a favor de una basada en reglas comunitariamente aceptadas.

Las dificultades inmediatas que se presentarían a este planteo son, a nuestro entender, dos. En primer lugar, todo el problema de seguir una regla a nivel individual, que constituye el núcleo del argumento contra el lenguaje privado que desarrolla Kripke, se replica ahora en la esfera

comunitaria. En segundo lugar, el hecho de que las reglas se construyan comunitariamente parece llevarnos, sin escalas, a un relativismo demasiado robusto: todo lo que parezca correcto a una comunidad, es correcto para esa comunidad. Básicamente, la propuesta de *WRPL* nos llevaría a una explicación indeseada de la realidad social, en la que tendríamos que acatar y actuar conforme a normas rígidas socialmente construidas, incluso contra todo sentido común: la situación que dramatiza Chesterton en su conocida frase: “Llegará el día en el que tengamos que desenvainar una espada para afirmar que el pasto es verde”.

Interpretaciones más minuciosas de Kripke, como la de Martin Kusch (2006) o Pedro Karczmarczyk (2012), permiten evitar esta consecuencia indeseable, precisamente señalando que, a pesar de que su propuesta ataca directamente la idea de que el significado es un suceso mental individual, no se trata de que el fundamento del significado y de la normatividad lingüística se basen, en contraste, en un consenso social. Lo que Kripke propone, el *escepticismo semántico*, es a la vez más radical y más discreto: la radicalidad de afirmar que ningún hecho puede constituirse como el fundamento de la normatividad, y la discreción de limitar la influencia de lo social a la exigencia de que el uso de un término específico debe ser susceptible de una corrección intersubjetiva. Esta interpretación, que no podemos desarrollar aquí, permite eludir las duras críticas dirigidas a Kripke por otros estudiosos de Wittgenstein como Baker y Hacker, que identifican la propuesta del mismo como la de un relativismo comunitario; pero también permiten desarmar el uso que Bloor hace de la propuesta de *WRPL*. El problema en el que caen este tipo de interpretaciones es el de concebir de una manera demasiado empírica las observaciones del lógico norteamericano, lo que los lleva inmediatamente a analogar su posición con la de un relativismo robusto basado en la construcción comunitaria de la normatividad.

En conclusión, creemos que la tentativa de Bloor se basa en una cierta incomodidad respecto a la necesidad e irreductibilidad de la dimensión conceptual, y respecto a su importancia para la sociología. Esa incomodidad, que Ogien describe como “un tropismo del investigador en ciencias sociales que, cuando adhiere a Wittgenstein [...] choca contra la limitación, a su juicio exorbitante, de que el enfoque gramatical le plantea el enfoque comprensivo” (Ogien, 2007: 75) es lo que lleva a Bloor a intentar solapar lo conceptual y lo empírico, a trasnmutar lo conceptual en lo empírico, y a hacerlo en un abuso de los términos del propio Wittgenstein: sustancializando los juegos de lenguaje. En este sentido, creemos que el enfoque de Bloor todavía se mantiene en el campo de una sociología positivista, lo cual se expresa en la propia interpretación de Wittgenstein – solidaria con una lectura análoga de Kripke. Y por ello mismo, Bloor no logra escapar al «rompecabezas de Wittgenstein» que describíamos al

comienzo de nuestro trabajo.

Bibliografía:

Bloor, David (1983) *Wittgenstein. A social theory of knowledge*. Londres: The Macmillan Press.

----- (1997) *Wittgenstein, Rules And Institutions* Londres: Routledge

Ogien, Albert (2007) *Las formas sociales del pensamiento. La sociología después de Wittgenstein*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Kripke, Saul (2006). *Wittgenstein a propósito de reglas y lenguaje privado*. Madrid: Tecnos.

Winch, Peter (1990). *Ciencia social y filosofía*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.